

En los albores de 1989, año en que advino y se entronizó la segunda jefatura de Carlos Andrés Pérez, la dirigencia venezolana tomó conciencia respecto a la imperiosa necesidad de asumir posiciones cruciales, tendentes a solventar la grave crisis económica caracterizada por la merma de la renta petrolera, el peso de la deuda externa y la caída de las reservas internacionales; en definitiva, una hacienda viciada por el centralismo del otrora «Capitalismo de Estado Nacionalizador».

La instrumentación de las primeras medidas orientadas a introducir un programa simultáneo de ajuste económico y de reforma política, dio lugar al episodio de violencia social más dramático de la historia democrática, expresado en los disturbios populares del 27 y del 28 de febrero. Tres años más tarde, en medio de una atmósfera de gran inestabilidad, se suscitaron dos intentos frustrados de golpe de Estado, escenificados el 4 de febrero y el 27 de noviembre de 1992.

Pocos meses después, el 20 de mayo de 1993 la Corte Suprema de Justicia suspendió en el ejercicio de su cargo y encontró méritos para enjuiciar al Primer Mandatario (junto a dos de sus ex ministros), arguyendo la supuesta desviación de los fondos provenientes de la partida secreta asignada a la Presidencia de la República.

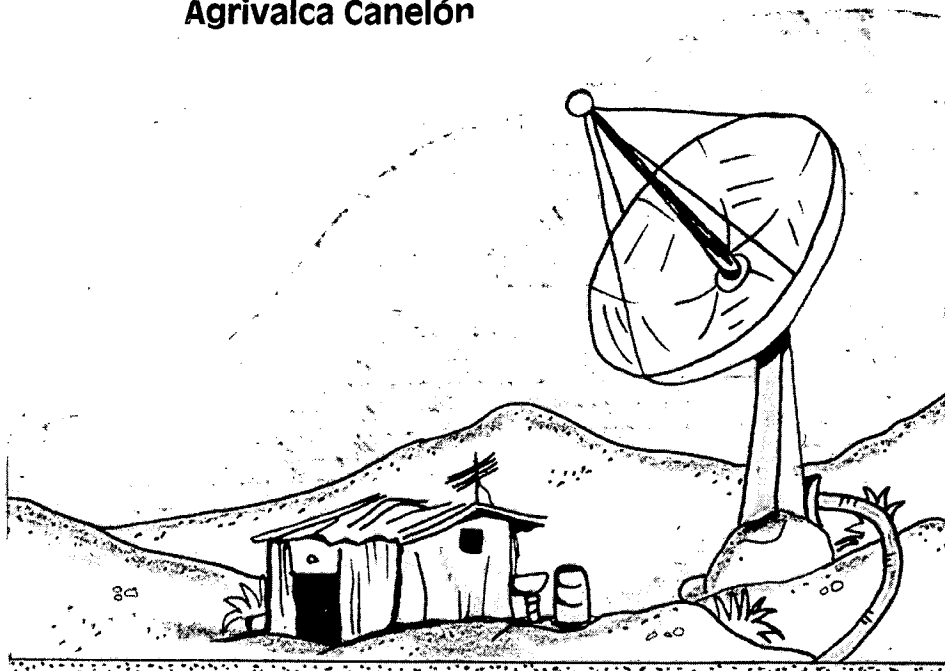
Esta cadena de acontecimientos puso en evidencia el agotamiento del modelo político-económico que funcionó durante más de treinta años, e impactó significativamente en la estructura de poder dominante en el país desde 1958. En este marco muchas de las instituciones que se habían afirmado con el proceso de consolidación del sistema democrático (el Estado y los Partidos Políticos, fundamentalmente), fueron puestas en entredicho por diversos sectores de la población: emergieron nuevas demandas y se «empoderaron» otros actores en la escena política y social.

El malestar halló cauce en la dimensión político-electoral a través de los elevados índices de abstención, la disminución de los niveles de afiliación política, el aumento del voto independiente, la volatilidad del electorado y la atracción que ejercieron individualidades u organizaciones enfrentadas al *statu quo*.

ENTRADA

Los medios de comunicación social en Venezuela, actores sociopolíticos

Agrivalca Canelón



En el plano sociopolítico, se verificó un proceso de alienación colectiva (casos de violencia urbana, saqueos y ocupaciones) y se hizo evidente la ausencia de un referente que aglutinara la energía societal alrededor de un proyecto político consistente y viable.

La realidad también se tradujo en la apertura de nuevos canales de participación ciudadana (repotenciación de la sociedad civil a través de diversos movimientos de base), aspecto en el que se insertó la dinámica comunicacional en tanto «mediadora» del discurso político, e instancia alternativa en el ámbito de la «articulación y combinación de los intereses societales».

En efecto, y de acuerdo con las investigaciones realizadas por los académicos venezolanos Alfredo Keller, Marcelino Bisbal y Pasquale Nicodemo, entre otros, ninguna otra institución en el país (aparte de la Iglesia) es capaz de lograr un interés tan elevado y sistemático, lo que deriva en el amplio prestigio alcanzado por la labor periodística y sus voceros, sin descontar la credibilidad dispensada a las informaciones difundidas: la «Democracia de la Opinión Pública» se cultiva todos los días en el papel y en la pantalla de TV, quizá sin haber caído en la cuenta de su propio poder de «construcción o demolición».

Así, frente a la lógica de repre-

sentación que no cumplen el «político profesional» y sus «aparatos», los medios masivos se convierten en el espacio ideal para la escenificación de lo sociopolítico -amén de la interpelación pública-, proporcionando al ciudadano común la referencia social que éste no encuentra en las organizaciones tradicionales.

Extrapolando la situación a los términos metafóricos, podría afirmarse que comienza a perder vigencia la «plaza» como núcleo articulador de las demandas ciudadanas y del imaginario político nacional, dando paso difuso a la «platea» con su rasgo bivalente: pública, por cuanto permite acceder a un espacio común de representación; privada, dada su calidad contemplativa.

Así, la esfera construida cooperativamente por quienes protagonizan la acción (los sujetos de la «plaza»), y por los emisores, los mediadores y los perceptores (los protagonistas de la «platea»), permite reconocer unas tácticas que, desde ambos lugares, se orientan a producir básicamente un efecto: el de la «visibilidad».

En consecuencia, se asume que lo que está en «crisis» son las viejas formas orgánicas de «representación», que aseguraban a múltiples actores la encarnación de sus intereses, de sus aspiraciones y, en un sentido amplio, la ponderación de su fuerza y de su alcance en el interior del conjunto social. Mas, esa sensación de «hacerse ver» reclamada desde la «plaza» hoy sólo se realiza desde la «platea», ese espacio virtual que la televisión, la radio y la prensa prometen, más allá de su potencia tecnológica: «Todo lo que es anónimo, lo que pertenece al pueblo, es en esencia bueno y no responsable de los males que le aquejan. Por el contrario, todo lo que puede identificarse como representante de lo público es malo, corrupto y culpable de lo que le pasa al pueblo anónimo. Sin embargo, apenas se cruza la oportunidad de aparecer en público, o lo que es lo mismo, de dejar de ser anónimo, el individuo corre tras la ocasión de que lo descubran, de que aprecien sus virtudes inéditas, y con ello pasar al bando de lo notorio, es decir, al lado de quienes deploraba antes de pasar la frontera»¹.

La irrupción del actor *massmediático* en el escenario sociopolítico, con su carga tecnológica y su len-

guaje particular, apunta no sólo hacia una redistribución de las fuerzas (potenciales y efectivas) entre los distintos participantes, sino que también perfila una inusitada concepción del poder y de la política.

EL PODER VERSIÓN MULTIMEDIA

La postmodernidad ha traído consigo una organización diferente de la existencia social, y una «secularización» del ámbito político. Lo *massmediático* expande el discernimiento de lo público fuera de las fronteras que antes lo circunscribían, transformando al conocimiento en la más importante fuente actual de «poder».

El predominio de la «platea» sobre la «plaza» como lugar de construcción de lo político, constituye el modo inicial de dar cuenta acerca de la «mediación» de la política, base que alude a la centralidad que han adquirido los medios de comunicación para legitimar temas y actores, y ofrecer novedosas modalidades informativas que «transparenten» las relaciones societales y favorezcan la pluralidad discursiva.

Esencialmente, la comunicación política es un proceso multidireccional de intercambio de datos entre los distintos sectores y niveles de la estructura (actores políticos primarios, intermedios y de base). En una sociedad abierta, los medios masivos constituyen un canal formal e institucional de acceso al sistema, cuyo empleo en la transmisión de las demandas públicas permite un contacto más directo con quienes tienen a su cargo la adopción de las decisiones políticas.

En efecto, el ideal demócrata participativo pretende alcanzar el auto-desarrollo de los ciudadanos como miembros políticamente activos dentro de la comunidad, comprometidos en la consecución de los objetivos colectivos. Ello sólo puede cristalizarse en una sociedad que estimule la preocupación por los problemas

afines, y que contribuya a la formación de individuos capaces de mantener el interés por el proceso gubernamental.

Este modelo exige, por un lado, que las personas posean conocimiento en materia política; por el otro, hace menester que los sujetos estén motivados para participar resueltamente. En síntesis: «La representación, sea cual fuere, no puede ser eficaz si no se afirma sobre cierto terreno, si no se arraiga en un espacio social viviente en el cual la información circule, en el cual las múltiples opiniones puedan ser expresadas, y en el cual pueda haber, para los distintos grupos y para los individuos, una sensibilidad respecto de perspectivas que no sean las propias»².

Pero, la hibridez actual de lo *massmediático* y lo político no se agota en la «estructura de la información», sino que va más allá de los propios medios y su supuesta omnipotencia, para inscribirse en una transformación cultural más amplia que colinde con la revolución tecnológica en curso. Es por esta razón que el sociólogo y periodista peruano Rafael Roncagliolo identifica una suerte de disolución de las relaciones políticas cara a cara, fenómeno que atribuye a la pérdida experimentada por la organización partidista de sus puntos de anclaje, de interlocución y de interacción social.³

Subyace, entonces, un trasfondo relacionado con la desvalorización de las ideologías y de los pensamientos globales, que ha privado de vigencia a los proyectos fundados en una visión totalizadora de la realidad, y detentores de la «verdad absoluta».

A diferencia de la mentalidad ilustrada que diseñaba «modelos de sociedad» y señalaba las metas que debían alcanzarse a corto, mediano y largo plazo, la razón postmoderna ha revolucionado la forma clásica de la praxis política, al enraizarla en las necesidades concretas y particulares del hombre, en el mundo inmediato de referencias y de relaciones, en la problemática próxima y circundante como esencia y sentido de la vida social⁴.

En suma, lo cotidiano pasa a ser un ámbito epistemológico para lo político y, a partir de allí, los medios construyen sus agendas informativas presentando en simultáneo al público una lista contentiva de los



«asuntos claves» susceptibles de generar una opinión o trabar una discusión, y al «oficiante» de la política los «cuellos de botella» que afloran en la ciudadanía en tanto «objeto de transacción» entre el pueblo-gente/individuo-electo⁵.

De colofón, la capacidad de englobar todos los temas de la relación social reside únicamente en los medios de comunicación, potenciada por su bajo costo relativo, su creciente atractivo tecnológico, y la competencia con que desarrollan su trabajo peculiar («decir la verdad de lo que pasa»), atributos que le agregan un valor de rentabilidad al esfuerzo que supondría la vinculación social a través de múltiples instituciones evidentemente desacreditadas.

Por añadidura el «gran mediador» está rodeado de cierto halo de «autoridad», gracias al cual deriva su influencia cual «divisa» de poder, ejerciendo una función política de envergadura frente a las antiguas referencias ya devaluadas, característica que tiende a trasladar el eje del liderazgo social desde quienes sólo accedían a la información, hasta quienes hoy en día la producen o controlan.

Paralelamente, la «mediación» de la política alude al procesamiento, al debate y la legitimación de las ideas valiéndose de géneros menos emparentados con la argumentación racional que con la adhesión afectivo-emocional, lo que deviene en la disolución del sustrato ilustrado en el que se movió la política por mucho tiempo. La nueva tipología cultural debe asumir una doble articulación del lenguaje: por un lado, el que la define y, por el otro, las pautas de la comunicación masiva.

Si bien era posible reconocer en la antigua relación líder-masa elementos reflexivos y sentimentales entrelazados en una misma urdimbre, a la hora de la elección siempre solía privar en el sufragante el criterio relativo a la capacidad del postulante para desempeñar la labor encomendada, lo que remitía ineludiblemente a su habilidad política respaldada por un soporte programático y una infraestructura partidista.

Hoy, los actores políticos clásicos se ven impelidos a convivir y competir con agentes provenientes del mundo del espectáculo, hecho que les exige adecuarse al lenguaje

masivo industrial. Así, por encima de su singular rol se impone una identidad nueva, creada por su condición de figuras públicas en busca de los más altos índices de consumo privado, aspecto que entraña la densificación de las dimensiones rituales y teatrales de la política.

Este atributo no sólo supone una transmutación en la percepción del político profesional, ahora convertido en *showman*, sino que también activa los resortes transectoriales del poder de tal modo que quien ostente un cierto «ángeles» o posea telegenia, puede embarcarse (bajo la figura desprejuiciada del independiente) en la aventura política.

Entonces, el medio no se limita a traducir o sustituir las representaciones preexistentes, sino que, efectivamente, ha entrado a «constituir una escena fundamental de construcción de la vida política»⁶.

Esta situación ha conducido a pensar en la política como una *hiperrealidad* a la que sólo se accede a través de los medios. Precisamente, hacia esa dirección apunta el comunicólogo venezolano Marcelino Bisbal, quien asevera que: «El político ya no mira en forma directa, cara a cara. Lo hace a través de los medios de comunicación y por intermedio del periodista y/o de la imagen. El medio, el profesional de la comunicación y la imagen se han convertido en los mediadores sociales y tecnológicos de la construcción política actual. El pueblo, ahora convertido en lector, espectador u oyente, interpela a lo político en forma indirecta»⁷.

Asimismo, la incesante proliferación de las imágenes termina por propiciar el que los individuos difícilmente sean capaces de disociar «la representación de lo representado», en una frase: «el signo deviene en significado». De allí que el sociólogo Angel Alvarez plasme la tendencia bajo los siguientes términos: «Los candidatos realizan simulacros de encuentros con el mundo real,

pero este ejercicio es principalmente una serie de visiones televisivas, de colecciones de eventos creados por las cámaras de TV; los temas de las campañas se han hecho tan ligeros como una nube de electrones y los candidatos se han vuelto meros actores de spots publicitarios.» («Crisis de los partidos políticos y auge de los medios de comunicación como agentes de legitimación y socialización política»⁸).

Lo cierto del caso es que la exagerada síntesis y la simplificación de las ideas que reclama el escaso tiempo dispensado por el medio; sumadas a la necesidad de aparentar novedad, no solamente proporcionan poco margen a la reflexión, sino que también conlleva otorgar primacía al «placer de ver» antes que a la «voluntad de hacer». La ventaja que supone la disposición directa de datos en las manos del usuario, o la recepción de imágenes y sonidos en la comodidad del hogar, inhibe al ciudadano, suprimiendo oxígeno a la democracia y trazando un peligroso círculo anómico.

EL MEGA-ESCEPTICISMO POLÍTICO

La década de los años 80 se caracterizó por la constante caída de los niveles de bienestar, lo que instó al colectivo afectado por la larga depresión a emprender la búsqueda de asideros para expresarse y demandar cambios. Los *massmedia* como expresión, escenario y espacio de conocimiento público, acogieron las quejas, reclamos y aspiraciones emitidos desde los fueros de la sociedad civil: «Los medios de comunicación han ocupado un espacio civil importante. La voz de muchos comunicadores se ha convertido en presencia de una instancia no controlada totalmente por el orden establecido. El gobierno y muchos dirigentes han cometido el error de querer responsabilizar a los medios o a los comunicadores de situaciones en las que sólo ellos pueden ser señalados. Igualmente han querido que sólo reflejen su visión de las cosas, alabándolos cuando defienden sus posiciones o intentando acallarlos cuando hacen resonar posiciones críticas. También se manifiesta aquí un signo de crecimiento de la sociedad venezolana. Tanto los comunicadores



dir que la competencia natural renueva los movimientos políticos existentes o por emerger.

Como consecuencia se afianza una cultura «antagonista» que, mediante acciones muy diversificadas (independientes entre sí y que se fijan objetivos muy particularizados y limitados), moviliza la opinión pública sobre uno u otro aspecto, problema o «peligro», ejerciendo una suerte de presión sobre la sociedad y sus gobiernos.

Semejante caudal de «energía societal» puede llegar a convertirse en un agente de erosión de las precarias instituciones democráticas, al no encontrar formas de expresión en el sistema político, esto es, al no lograr las articulaciones que le permitan superar la fragmentación.

Asimismo, el proceso tiende a hacer más tortuosa la modificación de las lógicas y estructuras del sistema, en virtud de la sobrecarga o tensión, incrementando la desmotivación por el futuro, catalizando los fenómenos de fuerza y fijando la energía histórica colectiva en lo instantáneo, lo inmediato y lo particular.

Constantemente la ciudadanía se ve acosada por un sinnúmero de problemas, desde el desempleo hasta el alto costo de la vida, pasando por la inseguridad y la delincuencia. El sentimiento de que las cosas están «fuera de sí» expresa el fracaso del «primado de la política», en la medida en que se le imputa a éste un poder de control sobre la realidad social.

El desarrollo tecnológico de los medios ha permitido masificar el acceso a la información y a los procesos comunicacionales y, con ello, a una perspectiva de la política cuya legitimidad se otorga merced al cumplimiento de expectativas y el logro de beneficios concretos, más que por ciegas lealtades o por antiguas diferenciaciones ideológicas.

Pero, si todo el panorama público que se presenta es negro, caótico y desesperanzador, no queda otra cosa que refugiarse en el claustro del propio hogar (la esfera privada), con el agravante del trauma «autoritario» que signa a la mayoría de los pueblos latinoamericanos, motivo que los hace clamar por la venida de algún salvador ilustrado, militar justiciero o presidente mesiánico que resuelva los problemas de todos.

En verdad, y ante la falta de cre-

dibilidad de los actores políticos institucionales, la ciudadanía se ve tentada a cobijarse tras el discurso de personajes convertidos en una suerte de «conciencia política» llamada a apuntar los caminos y signos para salir de la tan manida «crisis».

En el caso específico de Venezuela, el ciudadano luce atrapado entre unos partidos y líderes políticos que, aun en franco declive, aspiran continuar arrojándose la representación de lo público, y unos medios cada vez más importantes como agentes de co-formación de la opinión pública (especialmente en el caso radioeléctrico), y de socialización política. Esta circunstancia alienta las pretensiones de las élites comunicacionales y de algunos profesionales, de convertirse en los legítimos voceros de los intereses de la comunidad.

De hecho, la personalización de la «calidad» periodística obra en dos planos: a lo externo, funciona cual «ventaja competitiva» encaminada a mercadear los productos informativos o de entretenimiento de cada medio; a lo interno, introduce un sesgo que incide en la capacidad de «objetivar» del propio comunicador.

Cuando el periodista pasa a ser «actor» del suceso, la dinámica generada por el propio «espectáculo *mass-mediático*» le impide sustraerse de la «representación teatral» en la que participa (consciente o inconscientemente), comportamiento que en no pocas oportunidades deviene en la distorsión de la realidad.

Empero, a diferencia de la relación con los partidos, el ciudadano es más vulnerable frente a los medios. De hecho, y en última instancia, los gobernantes están en pleno conocimiento de que deben su *status* a la elección y de que, eventualmente, serán sometidos a ulteriores comicios, por lo que son proclives a tomar en cuenta la consabida «voluntad popular» como uno de los factores de peso en su toma de decisiones.

Por el contrario, la industria de la comunicación está exenta de temores pues sus «arcas» se alimentan de los anuncios, y no de la audiencia. De colofón, el juego político no está exento de infiltrarse en la dinámica de las empresas comunicacionales, variable ésta que despierta sospechas en cuanto a los verdaderos ánimos que subyacen en las estrategias

como los medios tienen que madurar en su función para llegar a ser formadores y recintos de opinión pública. Los pasos hacia una labor de comunicación social autónoma y crítica que aliente a otros sectores a asumir nuevas responsabilidades».⁹

El protagonismo de los medios masivos en el panorama sociopolítico (reforzado a raíz de los hechos del 4 de febrero y del 27 de noviembre de 1992) ha dejado atrás el «consentimiento» para dar paso al «cuestionamiento» de las bases del poder establecido, amplificando con su discurso editorializante la imagen decadente del liderazgo tradicional.

La asunción de este rol encuentra respaldo en la premisa funcionalista de controlar las estructuras de interés público -los gobiernos, las burocracias y los partidos políticos-, para garantizar la eficiencia de su desempeño: la política no está dominada por un solo núcleo de poder sino que éste se dispersa en múltiples centros, ninguno de los cuales es o puede ser totalmente soberano.

Este razonamiento ha conferido legitimidad popular al relego que los medios han perpetrado sobre sus tareas habituales, autoerigiéndose en un poder moral crecientemente crítico, vigilante y supervisor, dotado de reglas de juego propias. Sin embargo, no se puede pretender que un modelo de participación directa suplante a la democracia representativa, puesto que la ausencia de partidos y otras instituciones políticas no pasa de ser mera utopía.

El fungir cual referentes institucionales debe ser una función transitoria y comedida de los medios de comunicación social, útil sólo para perfeccionar e impulsar el realineamiento de los mecanismos de representatividad, a fin de no concluir suplantando roles que no le corresponden.

Cuando por extensión, y ante el vacío que deja la debacle de los actores políticos tradicionales, los *mass-media* asumen un posicionamiento de liderazgo para agregar y articular intereses, sólo contribuyen a impe-

emprendidas por estas instituciones.

En Venezuela, el sistema de medios no es una estructura policéntrica, al contrario las tendencias se inclinan a la concentración. Ello no representaría mayor preocupación siempre y cuando el producto informativo ostentara la suficiente imparcialidad; mas, al no disponer de un equilibrio razonable, y al predominar en la línea editorial intereses sectoriales, los medios se erigen en otro problema de la gobernabilidad democrática.

Aun cuando la independencia de poderes constituye un requisito democrático, el hecho de que actualmente la referencia colectiva se aferre a nuevas «instancias fácticas», amerita repensar el ejercicio periódico venezolano de una manera severamente responsable y ética.

Semejante «examen de conciencia» adquiere una importancia capital dado el momento histórico que vive el país, y la influencia desmedida que ejercen la prensa, la televisión y el radio en el desarrollo de la política, sin aparentes indicios de que dicha tendencia se revierta en un futuro inmediato.

Toda interrupción impuesta por la ley o por desmanes de la arbitrariedad, anula la eficiencia de los canales de comunicación en su tarea de procesar la corriente de demandas desde la base social hacia la cúpula donde se toman las decisiones -y a la inversa-, distorsionando el mecanismo. Sin embargo, el estallido del lenguaje y su volatización en una multitud de microsentidos no comunicables sino únicamente exhibibles, destruye cualquier posibilidad de edificar socialmente la realidad: «El lenguaje no es más que un juego para las élites y un refugio comunitario para los que no pertenecen a las élites, que tienen la fortuna de pertenecer a una comunidad de base. De todos modos, ¿qué sentido tiene hablar de 'refugio' cuando lo privado se convierte en público; cuando la expresión de un conflicto personal se convierte, por la manipulación de los *massmedia* en espectáculo; cuando las radios y las televisoras (privadas) desvelan (en el sentido exacto del término, a veces) la intimidad de exhibicionistas que lo consienten en beneficio de felices *voyeurs*?».¹⁰

El exceso de información -a veces alimentada por el sensacionalis-

mo, el *vedettismo* o por intereses políticos y económicos-, puede producir resultados perversos que van desde la «ritualización» hasta la «catarsis sustitutiva», para concluir en la rápida saturación y la obsolescencia.

Ello ha propiciado en los años recientes el desarrollo de una curiosa dinámica: la denuncia como fuente noticiosa y el medio como vindicta pública. Empero, una hipótesis nada optimista indicaría -en un tono muy parecido a la célebre reflexión de Tocqueville sobre la democracia americana-, que el sistema tolera la «política de la desvelación» simplemente para aparentar un libre juego de opiniones, a la par que el acto delictivo queda impune pues nunca cristaliza la sanción judicial o siquiera la decisión reguladora.

Lo cierto es que la gente se está acostumbrando a pensar uniformemente acerca de delitos «no probados» cometidos por «supuestos» delincuentes, en cuyo abordaje no prevalece la exposición de varios puntos de vista sino un fraccionamiento de los hechos. Si bien es cierto que en las circunstancias actuales los medios se han hecho más permeables a la pluralidad de opiniones, tienen en sus manos la peligrosa potestad de aclamar o condenar individualidades o instituciones, obedeciendo más al sentir social que a la fuerza de los hechos.

Los *massmedia* llenaron el vacío dejado tras el colapso de las instituciones políticas dedicadas a agregar intereses o a dirimir controversias pero, es imposible que puedan solventar las causas de la protesta o de la insatisfacción ciudadana, debido a que estas competencias desbordan su margen de acción, sin descontar que su abordaje informativo, con frecuencia, es demasiado errático.

El poder retenido demasiado tiempo desgasta. Las viejas organizaciones han perdido su arraigo popular, su atractivo ideológico y su capacidad para satisfacer las necesidades pragmáticas de la población; sin embargo, las nuevas referencias no han podido ocupar el espacio dejado por aquellas.

El sistema venezolano de comunicación es una industria que creció bajo la protección y el estímulo del mismo modelo político que ha entrado en fase de agotamiento. En la etapa actual de reacomodo general

de fuerzas y estrategias de poder, y en medio de las conquistas parciales que la sociedad civil ha logrado, los medios se han adecuado a una función que responde más a necesidades coyunturales que a proyectos políticos precisos.

Esta circunstancia los hace disfuncionales para la clase política tradicional sobreviviente y, oscilatoriamente, aliado y enemigo de los procesos de democratización del sistema en su conjunto.

Un contexto de transformaciones tan radicales como por las que atraviesa la gobernabilidad del sistema político venezolano, reclama unas relaciones sustentables, equilibradas y responsables entre los poderes tradicionales y las Fuerzas «fácticas» desplegadas desde la sociedad civil y la industria mediática de la información.

En este sentido, el trabajo de todos los actores societales consiste en reforzar los mecanismos que doten de organización e integración a la sociedad, correspondiendo a los medios constituirse en una parte activa, y no en una tribuna externa y superior.

NOTAS

1. España, Luis. *Morbo, protagonismo y muerte*. En *Economía Hoy*, Caracas, 24 de abril de 1996, p. 16.
2. Lefort, Claude. *La representación no agota la democracia. ¿Qué queda de la representación política?* p. 139.
3. Roncagliolo, Rafael. *De las Políticas de Comunicación a la Incomunicación de la Política*. En *Nueva Sociedad* N° 140, p. 103.
4. Virtuoso, José. *¿Qué está en juego para estas próximas elecciones?* En *Revista SIC* N° 578, p. 344.
5. Bisbal, Marcelino y Nicodemo, Pasquale. *Frente a la cotidianidad de la gente*. En *Revista SIC* N° 577, p. 305.
6. Sunkel, G. *Imágenes de la política en la televisión*. Citado por Martín-Barbero, Jesús. *El tejido comunicativo de la democracia*. En *Revista Comunicación* N° 77-78, p. 22.
7. Bisbal, Marcelino. *La Política Figurada*. En *Revista SIC* N° 574, p. 159.
8. Alvarez, Angel. *Medios de Comunicación y Responsabilidad Ciudadana*. p. 100.
9. Sosa, Arturo. *Los actores políticos*. En *Revista SIC* No. 542, p. 73.
10. Leca, Jean. *Perspectivas democráticas. ¿Es gobernable la democracia?* p. 215.